

na porcion terrena y mortal: quitemos, pues, todo lo que hayamos añadido á la idea sencilla de Dios, y quedará tal qual es. Tenemos en nuestro favor el consentimiento de todos los pueblos; los quales, quando levantan sus manos al cielo, no invocan sino á Dios. *El Dios grande, el Dios verdadero, si Dios quiere*: este es el lenguaje del pueblo, esta es la confesion del Christiano, y esta es la voz de la Naturaleza.

Aun los que pretenden, que Júpiter es el Sér Supremo, se engañan en quanto al nombre, pero convienen con nosotros en quanto á la unidad de poder ó de divinidad. Asimismo los Poetas, como por exemplo, Virgilio, reconocen un Espíritu único, principio de todos los seres, Padre y Soberano de los Dioses y de los hombres. Y si queremos escudriñar el modo de pensar de los mas célebres Filósofos, hallaremos, que por mas que sean diversas sus expresiones, convienen casi todos en la unidad de Dios, de un Sér inteligente, infinito, Autor de todo lo que existe, árbitro supremo, y moderador del mundo; de suerte que podría creerse, que los Christianos son otros tantos Filósofos, ó que los Filósofos han sido otros tantos Christianos.

Octavio pasa aquí en revista la mayor parte de los Filósofos desde Virgilio (a). Estas autori-

(a) Omitimos todas estas impertinentes á nuestro asunto particularidades, porque son to, pues no tenemos idóla-

dades, concluye, bastan para refutar las fábulas y los absurdos de la idolatría, que por sí mismos se refutan.

Advierte luego Octavio, juntamente con muchos Autores Paganos, como Euvemero, que la mayor parte de los Dioses han sido hombres deificados despues de su muerte. Se saben, dice, los lugares, en que han nacido, en que han vivido, y los sepulcros en que descansan: pero un Dios no puede morir, ni puede nacer tampoco, porque la Divinidad no tiene principio ni fin. Y aun esos mismos Príncipes, á quienes se acostumbra deificar despues de la muerte, vemos, que á su pesar se les da el nombre de Dioses, porque quisieran permanecer hombres, y por viejos que sean, temen hacerse Dioses (a).

Octavio ridiculiza luego las estatuas de los Dioses. Quizá ese Dios de madera, dice, es resto de alguna pira, ó de alguna horca; y ese Dios

tras, á quienes refutar ni vergüenza, pero que la persuadir. Tertuliano, en el santidad del Christianismo Apologético que hemos publicado, se extendió bastante sobre la idolatría, y nuestro (a) Bien sabido es el christro Apologista no hace por te de Vespasiano, segun re- lo comun sino copiarlo. Tam- fiere Suetonio. Estando aquel bien hemos suprimido mas Emperador á la muerte, mu- adelante algunas particula- cho siento, dixo, comenzar á ridades acerca de las infamias, que el Paganismo autorizaba, y consagraba sin ridiculizar mejor las apoteosis.



de cobre, ó de plata habrá sido formado de un vaso, que sirvió para los usos mas despreciables. Pero ese metál, decís, esa madera no era entonces un Dios. Pues ¿qué género de tormento le habreis dado para hacerla Dios? ¿Quándo por fin, y cómo se hace tal? Porque ese material es fundido, trabajado, esculpido, y todavía no es Dios: lo emploman luego, lo ponen derecho; tampoco es Dios todavía: finalmente es adornado, consagrado, y se le hacen súplicas: con que comienza á ser Dios, quando el hombre quiere, y lo dedica.

Es cosa muy importante descubrir el origen de la idolatría. Hay unos espíritus engañosos y perversos, que mancháron su pureza y su perfeccion original, y se perdiéron rebelandose contra su divino Autor; y para consolarse en su desgracia procuran arrastrar á los demás hombres al abismo, en que ellos se precipitáron. Como se ven corrompidos, no tratan sino de corromper á los demás; y como se consideran arrojados de la presencia de Dios, quisieran apartar tambien á los demás hombres, por medio de sacrílegas supersticiones. Estos espíritus, á quienes llamamos *Demonios*, han sido conocidos tambien de los Poetas y de los Filósofos.... Todos esos prodigios que hacen, ó fingen hacer los Mágicos, son un efecto del poder de los Demonios; los cuales hacen ver lo que no es, é impiden que se vea lo que es....

Los Demonios procuran, por toda especie de

medios, seducir á los hombres, y extender el imperio de la idolatría; animan las estatuas, habitan los templos, hacen que las entrañas de las víctimas palpiten, algunas veces dirigen el vuelo de los páxaros, presiden á la suerte, y prorrumpan en oráculos oscuros y engañosos: en una palabra, engañan, y son al mismo tiempo engañados. No tienen de continuo otra ocupacion, que la de atormentar ó seducir, penetran algunas veces en el cuerpo, ocasionan distintas enfermedades, llenan de terror al alma, y aparentan esos pretendidos prodigios tan celebrados. Muchos de vosotros saben, que los Demonios convienen en todo esto que yo digo. Ese Saturno, ese Sérapis, ese Júpiter, objetos de vuestra adoracion, confiesan á instancias nuestras lo que son en la realidad; y no era regular que mintiesen en presencia vuestra, con el fin de perder su crédito entre vosotros. Todos los dias estais viendo, que conjurados por los Christianos en nombre del solo Dios verdadero, salen temblando de los cuerpos que poseen.

Esto supuesto, no es maravilla que nos tengan un odio mortal, y que procuren sembrar en todos los corazones el aborrecimiento del nombre Christiano. Lo cierto es, que previenen todos los espíritus contra nosotros, para que de este modo seamos aborrecidos, aun antes que nos puedan conocer, y no llegue el caso de que sigan nuestro exemplo, si nos conocen, ó por lo



menos se vean precisados á ensalzarnos.

Pero ¿puede por ventura haber mayor injusticia, que condenar lo que no se conoce? Creednos, quando confesamos nuestro delito: sí; nosotros hemos estado tan ciegos como lo estais vosotros: nosotros estabamos persuadidos, que los Christianos adoraban á monstruos, que despedaban á sus hijos, y que se abandonaban á la dissolution en sus festines. No reflexionabamos entonces, que lejos de probar semejantes acusaciones, ni siquiera se habia pretendido verificarlas; ni nos hacia fuerza, que entre tantos pretendidos culpables no se hallase uno solo, que confesase su delito, por muy seguro que estuviese de la impunidad, y aun de la recompensa; sino que antes por el contrario, todos hacian alarde de su Religion, y solo se arrepentian de no haberla abrazado mas temprano.

Al paso que nosotros no teniamos dificultad en defender á unos hombres reos de sacrilegio, de incesto y de parricidio, ni aun queriamos oír á los Christianos: y algunas veces tambien, movidos de una compasion cruel, haciamos que sufrieran la tortura, para forzarlos á que se salvaran negando su profesion de Christianos; y para arrancar de su boca una mentira, nos serviamos de aquellos mismos medios, que se han inventado para lograr la confesion de la verdad. Si algun Christiano debil cedia á la violencia de los tormentos, y negaba su Religion, lo ensalzaba-

mos; como si aquella cobarde mentira lo purgase de todos los crímenes que habia cometido segun nuestras preocupaciones. Ya veis, pues, que nosotros pensabamos y obrabamos, como vosotros pensais y obrais ahora; pero si hubieramos seguido los consejos de la razon, no hubiesemos hecho que los Christianos detestasen la Religion que profesaban, sino solamente que confesasen los delitos que se les imputaban, en caso de ser ciertos.

Mas ¡ah! que no dabamos oídos sino á las sugerencias de los Demonios, que andan esparciendo por todas partes estos rumores calumniosos contra los Christianos, para que lleguen á ser la exécracion de los pueblos. ¡O vanos esfuerzos! Todas esas fantasmas de la impostura desaparecen en presencia de la verdad; y esas abominaciones, que atribuis osadamente á los hombres mas castos y mas honestos, ni aun se tendrán por posibles, sino es que hallemos exemplos entre vosotros: porque el pudor ni siquiera nos permite oír hablar de ellas, y prohíbe, que nos justifiquemos mas por extenso.

Quando nos imputais que adoramos á un criminal y su cruz, ¡quán lejos estais de la verdad! Porque pensais que un criminal ha sido merecedor de que lo adoren los Christianos, y que un hombre terreno ha sido tenido por un Dios. ¡Desgraciados los que ponen su confianza en un hombre mortal! los quales todo lo pierden, quando



lo pierden. ¡Ah! Dexémos para los Egipcios esta deplorable ceguedad (a).

Tampoco adorámos la cruz, ni deseamos ser puestos en ella. A vosotros, sí, que se os podría acusar en esta parte, puesto que adorais á un Dios de madera, y vuestras banderas y vuestros estandartes están en forma de cruz....

Dícese tambien, que nosotros degollamos á un niño, para iniciar en nuestros Misterios. ¿Creeis, que haya alguno tan bárbaro, que manche sus manos con la sangre de un tierno niño, que acaba de nacer? Nó, nadie puede creer un crimen tan atroz, sino solamente los que tuvieren ánimo para cometerlo; como vosotros, por exemplo, que exponeis vuestros hijos á las aves y á las bestias feroces, y los sofocais, y dais la muerte aun antes de su nacimiento: aunque en esto no haceis sino imitar á vuestros Dioses, y entre otros á Saturno, que se tragaba á sus hijos. Por eso sacrificais en honor de tales Dioses víctimas humanas. A nosotros nos está prohibido presenciár las muertes, y aun *oir*las; y miramos con tanto horror el derramamiento de la sangre humana, que ni siquiera comemos la de las bestias.

Los Demonios han forjado tambien la fábula de nuestro Banquete incestuoso, para obscurecer la gloria de nuestra castidad, si fuera posible, y

(a) Porfirio afirma, que honores divinos á un hombre los Egipcios tributaban los bre.

dissuadir á los hombres de que abracen nuestra Religion... Tambien aquí podriamos redargüir á nuestros acusadores. Porque sin hablar de los Persas que se casan con sus madres, ni de los Atenienses y Egipcios, que se casan con sus hermanas, ahí están, sin ir mas lejos, vuestras historias y vuestras tragedias, que veis y ois con tanto gusto; las cuales están llenas de incestos, de que se glorian vuestros heroes. Mas no es extraño que estos excesos sean comunes entre vosotros, si teneis á vuestros mismos Dioses por cómplices y por modelos.

Nosotros ponemos mayor cuidado en ser castos, que en parecerlo: no tenemos mas que una muger, ó ninguna; no nos casámos sino por tener hijos; somos tan sobrios como castos; y entre nosotros la gravedad templá siempre la alegría de la mesa. Muchos guardan la virginidad por todo el espacio de su vida, y no por eso se envanecen. Finalmente, estamos tan lejos de todo lo que huele á incesto, que hay muchos, que aun se avergüenzan de disfrutar de los placeres legítimos.

Por lo que respeta á los honores y á la púrpura, no porque reusemos estas cosas, se ha de decir que somos de las hezes del pueblo. Tampoco somos sediciosos, porque así congregados, como separados, profesamos la misma sumision, y somos igualmente pacíficos. No queremos hablar en presencia vuestra, porque vemos que os avergonzais, y que



teméis escucharnos. Sin embargo el número de los Christianos se aumenta considerablemente de cada dia; y esto no es ningun crimen, que se nos pueda imputar, sino una preocupacion favorable: quanto mas que una de las prerogativas de la virtud, es conservar siempre sus sequaces, y adquirir incesantemente nuevos partidarios. No es cierto, que nos damos á conocer por medio de algunas señas exteriores del cuerpo, sino por la inocencia y la modestia. Nos amamos todos mutuamente, y á nadie sabemos aborrecer: nos llamamos hermanos, porque un mismo Dios es nuestro padre; profesamos todos una misma fe, y todos somos herederos de unas mismas esperanzas. Vosotros, por el contrario, no os conocéis, ó lo que es peor todavía, no os conocéis sino para aborreceros: solamente os considerais como hermanos en vuestros parricidios.

Creeis tambien, que nosotros no tenemos templos, ni altares, porque queremos ocultar lo que adorámos. Venid acá: ¿por qué hemos de pretender trazar la imagen de la Divinidad? ¿No es el hombre su imagen? ¿Y por qué hemos de encerrar á la Divinidad dentro de las paredes de un templo, quando sabemos que ni el mundo entero, su obra, podria contenerla?... ¿No es mejor erigirle un templo en nuestra alma, y consagrarle un altar en nuestro corazon? ¿Seré yo tan loco, que le ofrezca hostias y víctimas, que él ha criado para mi uso? No por cierto:

yo sería un ingrato, si despreciase sus dones, sabiendo principalmente que las ofrendas, que la Divinidad me pide, son una alma recta, una conciencia pura, y una fe sincera. El que vive en la inocencia, le ora; el que practica la justicia, le ofrece libaciones; el que se abstiene del mal, le presenta una ofrenda agradable; el que salva la vida de otro hombre, degüella en honor suyo la víctima mas robusta. Este es nuestro culto, estos son nuestros sacrificios: y aquel entre nosotros es mas justo, que es mas religioso (a).

Verdad es, que no podemos mostrar nuestro Dios, ni tampoco verlo; por eso lo creemos Dios, pues por todas partes echámos de ver su presencia, y jamás lo vemos. Todas sus obras, todas

(a) Todo quanto dice Minucio acerca del culto interior y espiritual, es muy sólido y muy cierto, porque no es exclusivo, ni se puede inferir cosa alguna contra el culto exterior. Casi todos nuestros Apologistas, por razones de prudencia y de discrecion, evitaban tratar sobre este asunto; porque ni querian exponer los misterios á la mofa de los profanos, ni los fieles á la persecucion, manifestando los lugares de sus juntas. Es igualmente cierto, como hemos advertido en otra parte, que los Christianos, ya desde los primeros siglos, tuvieron lugares especialmente consagrados al culto divino; el qual era ya entonces el mismo que es ahora, en quanto al fondo y á las ceremonias esenciales; como lo demuestran nuestros antiguos monumentos, y como tambien hemos visto en San Justino, mucho mas antiguo que Minucio.



las maravillas de la naturaleza anuncian su presencia y su poder. No os admireis, si es que no lo veis. ¿Acaso veis los vientos, que todo lo agitan y lo ponen en movimiento? Aun el sol, que os lo hace ver todo, es casi invisible; porque el vivo resplandor de sus rayos deslumbra en tales términos, que si os obstinarais en mirarlo de hito en hito, estabais expuestos á perder la vista. ¿Cómo, pues, es posible, que podais sostener el resplandor divino del que ha criado el sol, y es manantial eterno de la luz; quando solamente sus relámpagos os ponen en huida, y os ocultais de su trueno? ¿Con esos ojos de carne, con los cuales no veis vuestra alma, pretendéis ver á Dios?

¿Y cómo es que Dios sabe todo lo que nosotros hacemos? ¿Puede por ventura verlo y oírlo todo desde lo alto del cielo? ¡Miserable objecion! ¡O crasa ignorancia! ¿Cómo puede ser que Dios esté lejos de nosotros, si ocupa por su inmensidad el cielo, la tierra, y todo el universo? No basta, pues, decir, que está cerca de nosotros; sino que está en nosotros mismos, ó por mejor decir, que nosotros estamos en él. Si el sol, no obstante que está clavado en el cielo, se esparce por todas partes, hace sentir su influencia, y comunica su luz á todos los seres; con mayor razon el Autor del sol y del mundo entero, para quien no puede haber cosa secreta, se hallará presente hasta en las tinieblas, y aun en

las tinieblas mas profundas, que son los pensamientos del hombre....

No pretendemos valernos de nuestro gran número: porque el gran número es nada para Dios. Nosotros distinguimos los países y las naciones: pero á los ojos de Dios, el mundo entero no es mas que una familia. Los Reyes no ven lo que pasa en sus estados, sino con los ojos de sus Ministros: Dios no necesita de que le adviertan nada: porque nosotros, no solamente estamos delante de sus ojos, sino en su seno.

Pero ¿de qué les ha servido á los Judíos adorar, como nosotros, á un solo Dios, y consagrarle un culto tan religioso?... ¿Ignorais por ventura la historia del pueblo de que hablais? ¿O es que no os acordais, sino de lo que le ha sucedido en estos últimos tiempos? Mientras los Judíos fueron fieles adoradores de nuestro Dios, que es el Dios de todos los hombres; mientras obedecieron á sus órdenes y á su ley, prosperaron en todo: se multiplicaron prodigiosamente, abundaban de toda especie de bienes, reynaban sobre todos sus enemigos, y un puñado de Judíos ponía en fuga á exércitos innumerables. Sin armas, destrozaban á los exércitos mas aguerridos: los elementos combatian en favor suyo: Dios estaba á la frente de ellos; en una palabra, eran invencibles.

Leed á sus Historiadores, ó si os parece mejor, á los de los Romanos. Allí veréis, que sus